

CUBA, 1956~1976

Proceso de una revolución

ENTRE el desembarco del 2 de diciembre de 1956 y la presencia de un cuerpo expedicionario cubano en África han transcurrido veinte años de revolución rica en acontecimientos, de significaciones, de aciertos y reveses, de repercusión en todos los asuntos del mundo. Desde los más agudos de la política de fuerza —como el bloqueo y amenaza de Estados Unidos en la "crisis del Caribe" de octubre de 1962— hasta los problemas éticos y morales que se plantearon los intelectuales del mundo entero cuando se produjo el "caso Padilla", que ha sido, junto con la actitud con respecto a Israel, uno de los mayores motivos de disensión de la izquierda pensante. La revolución cubana es un fenómeno único e irrepetible. Los intentos de repetición en otros países del continente americano no dieron resultados positivos. Como tampoco los pudo dar la imitación del Vietnam, que se emitió desde la misma Cuba —en la conferencia de solidaridad, en la OLAS—. Todo ello por una razón histórica escasamente evaluada: cada revolución es un hecho que empieza y termina en sí misma, aunque sus enseñanzas puedan influir, y no puede importarse en país con diferentes características sociales, económicas, geográficas, políticas.

Sobre todo, porque la revolución cubana en sí misma y su desarrollo es algo que merece muy bien calificarse con el término de "milagro", en su acepción de que suceda lo que prácticamente no puede suceder. Alzar un régimen comunista a la orilla misma de los Estados Unidos, el país más anticomunista y más fuerte del mundo, y mantenerlo durante veinte años —y los que han de seguir—, por encima de todos los avatares del mundo, por encima de todas las presiones políticas y de fuerza, es un acontecimiento inverosímil.

Como en ciertas artes marciales orientales, Fidel Castro y sus compañeros han basado precisamente su revolución y su éxito en una utilización a su favor de la fuerza del enemigo. A partir de la misma iniciación. Sin la rapiña, voracidad, corrupción de los Estados Unidos en la isla de Cuba, convertida en burdel y casa de juego al mismo tiempo que en colonia explotada por los Estados Unidos —desde su Gobierno hasta sus grandes empresas, sin olvidar el papel del gangsterismo en la explotación—, utilizando para ello Gobiernos fantoches, pero sangrientos, como el de Batista, la reacción cubana en favor de

una revolución total no hubiese podido producirse. Y sin la torpeza de Estados Unidos en su época más triunfante y militante al mismo tiempo, al bloquear la isla y romper sus relaciones diplomáticas, probablemente la revolución cubana no se hubiese inclinado tan directa y abiertamente al comunismo. Esta es una interpretación que no suelen compartir los historiadores oficiales del régimen y el actual partido comunista. Sin embargo, el partido comunista oficial en la época de Batista dudó mucho antes de sumarse a una revolución que le parecía de resultados dudosos —es una actitud que ha tomado en otros países latinoamericanos, sin que por cierto ello le haya evitado la persecución—, y el propio Fidel Castro tardó un tiempo en proclamarse, como lo haría en una famosa declaración, marxista leninista. Sin la presión de Estados Unidos, Cuba hubiese dudado antes de inclinarse directamente hacia la Unión Soviética y otros países de régimen comunista, como salida clara y directa para sus problemas económicos y para sus relaciones internacionales. En la misma Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) de agosto de 1967 se produjo una disensión importante entre el castrismo y los comunismos oficiales de otros países, cuando Cuba propugnaba la lucha armada revolucionaria, según su propio ejemplo, y los partidos comunistas pretendían la "revolución por otros medios". La crisis trascendió a la esfera internacional, y aquel año ni Fidel Castro ni DORTICÓTS acudieron a los actos conmemorativos de la revolución de octubre en Moscú, y se manifestó una tirantez entre los dos países.

¿Quién tenía razón? La URSS esgrimió la suya cuando, poco después, el 8 de octubre, el comandante Ernesto "Che" Guevara, que había sido presidente honorario de la OLAS, murió en Bolivia con los residuos de su guerrilla. Llegó hasta el propio partido cubano esta idea, y fue cuando Fidel Castro depuró el PC de sus dirigentes históricos, como Aníbal Escalante —condenado a quince años de prisión—, dirigente del partido desde la época de Batista.

Esta serie de sucesos debían influir notablemente en la política económica cubana; en busca de una independencia mayor de la URSS, Fidel Castro intentó la llamada "Zafra de los diez millones", pretendiendo la recolección de diez millones de toneladas de azúcar entre diciembre de 1969 y julio de 1970, con objeto de ob-

tener de los mercados exteriores y no políticos las divisas necesarias. Fue una enorme movilización, y no sólo a medida cubana —acudieron personajes de todo el mundo para participar en la zafra— y en cierta medida fue un fracaso —se recogieron solamente ocho millones y medio—, pero en otra fue un éxito: la producción aumentó notablemente y la solidaridad de todos fue un triunfo político.

En el calendario de la revolución cubana, a partir del esfuerzo revolucionario del "Granma" y Sierra Maestra —preparado por hechos anteriores—, la conferencia de la OLAS y la zafra de los dos millones ocupan lugares importantes, como lo ocupa la "crisis del Caribe", en el que la isla pudo ser de alguna forma ocupada o mediatizada por los Estados Unidos, el desembarco en Baracoa de anticastristas —rápidamente eliminados— en abril de 1970 y el principio de reconocimiento de Cuba y de desbloqueo por parte de una mayoría de países latinoamericanos en sucesivas conferencias de Organización de Estados Americanos, frustrado después por el cambio de políticas sufrido en toda Latinoamérica, que ha instalado regímenes fascistas y dictaduras de derechas en casi todos los países del subcontinente.

La pureza de una revolución, de cualquier revolución, probablemente sólo se da en sus principios, en el gran impulso hacia delante, y mientras se está combatiendo. Después influyen sobre ella —sobre su instalación— una serie de hechos que la tienen que ir modificando, retrasando su carácter, siempre utópico, de instauración de una nueva época y de una nueva sociedad perfecta. Cualquier ejemplo de cualquier país revolucionario —de la derecha o de la izquierda— podría servir para comprobarlo, a partir del más clásico de los ejemplos, que es el de la Revolución francesa de 1789. La revolución cubana precisamente estaba y está mediatazada por una serie de hechos inevitables: desde su condición de país casi fronterizo con los Estados Unidos y su dependencia industrial original de éste —puesto que toda la economía estaba basada en el sistema colonial y casi esclavista— hasta su largo arrastre histórico: la época española, el esclavismo, la entrada de Estados Unidos como aliado de guerra, la economía del monocultivo (el azúcar, aún con la importancia enorme del tabaco) que la somete al artificio de los mercados

mundiales, la lejanía de sus aliados comunistas, las pruebas ideológicas del propio comunismo en estos años... Con todos esos acontecimientos en torno y en el interior, la revolución cubana ha emprendido varias vías, ha avanzado, ha retrocedido, ha probado nuevos sistemas y nuevas posibilidades; las amenazas directas han hecho endurecerse la revolución, las reacciones contra la corrupción anterior le han dado dictados morales que aparecen como excesivos; y el enfrentamiento con la resistencia más dura y más implacable del mundo, la de los anticastristas, la ha obligado a ser vigilante y policlaca.

Sin embargo, con todas las impurezas que la suma de los veinte años ha producido, Cuba ha conseguido no la sociedad ideal, no la sociedad perfecta utópica que promete el comunismo, pero sí una transformación de los sistemas feudales y coloniales antiguos hasta construir una comunidad donde el reparto de la riqueza es enormemente más justo, donde la dignidad del hombre tiene vías de realizarse, donde la instrucción pública es amplia.

Y ha conseguido mantenerse firme frente a un enemigo alimentado a pocas millas de su territorio nacional, y aún con una base —la de Guantánamo— dentro de su territorio. Cuba no ha conseguido fascinar a todos los intelectuales que la han visitado, pero ha conseguido mejorar la condición humana de sus habitantes: Cuba no ha desarrollado todo el potencial original de su revolución, pero se ha establecido tan firmemente que ya no hay que pensar que su enemigo pueda prevalecer ante sus puertas.

¿Está en vías de cambio? Las reformas constitucionales, la entrada de las urnas en la vida nacional, son un principio que sin duda se desarrollará más y mejor en el futuro. Si los acontecimientos exteriores lo permiten. El proceso cubano es fascinante, condición de no arrastrarse por la pasión de la imitación y de no dejarse llevar de dos espejismos: el de considerar demasiado grande la distancia entre sus ideales de sociedad nueva y de realización y el de considerar que todo está ya hecho. Una revolución en marcha es un proceso duro y difícil, un proceso de sacrificios: Cuba ha tenido todas las durezas y todas las dificultades imaginables, y su sola existencia como nación independiente en un contexto dominado y colonizado es ya de una trascendencia histórica positiva. ■ JUAN ALDEBARAN.